

*Una imagen de África:
racismo en «El corazón de las tinieblas», de Conrad**

CHINUA ACHEBE

En el otoño de 1974, me dirigía yo un día caminando desde el Departamento de Inglés de la Universidad de Massachusetts hacia un aparcamiento. Era una hermosa mañana otoñal, que invitaba a la cordialidad con los extraños con los que uno se cruzaba. Jóvenes activos se apresuraban en todas direcciones, muchos de ellos evidentemente estudiantes de primer año todavía en su arrebato inicial de entusiasmo. Un hombre mayor que hacía el mismo camino que yo se volvió hacia mí observando lo frescos que eran aquellos días. Asentí. Luego me preguntó si también era estudiante. Le dije que no, que era profesor. ¿Qué enseñaba? Literatura africana. Aquello sí que era curioso —me dijo—, ya que él conocía a un colega que enseñaba lo mismo, o quizá fuera historia africana, en una universidad pública no lejos de allí. Aquello siempre le sorprendía —siguió diciendo—, ya que nunca había pensado que África tuviera esa clase de cosas, ya sabe. Para entonces yo ya caminaba mucho más deprisa.

—¡Bueno! —le oí decir finalmente detrás de mí—. Supongo que tendré que ir a sus clases para averiguarlo.

Unas semanas después recibí dos cartas realmente conmovedoras de los alumnos de una escuela superior de Yonkers (Nueva York), quienes —¡bendito sea su maestro!— acababan de leer mi obra *Todo*

* Versión corregida de la segunda Chancellors's Lecture pronunciada en la Universidad de Massachusetts (Amherst), en febrero de 1975, y posteriormente publicada en *Massachusetts Review*, vol. 18, n.º 4, invierno de 1977 (Amherst). [Traducción de Francisco Ramos.]

se desmorona.* Uno de ellos se sentía especialmente feliz de poder aprender algo sobre las costumbres y supersticiones de una tribu africana.

Me propongo sacar de estos encuentros más bien triviales conclusiones bastante serias que a primera vista podrían parecer desproporcionadas en relación a ellos. Aunque sólo —espero— a primera vista.

El joven colega de Yonkers, quizá en parte debido a su edad, pero creo que también por razones mucho más serias y profundas, es evidentemente inconsciente de que la vida de los miembros de su propia tribu, en Yonkers (Nueva York), está llena de extrañas costumbres y supersticiones y, como todo el mundo en su cultura, imagina que necesita viajar a África para encontrar esas cosas.

Dado que la otra persona era de mi edad, no se la puede excusar basándose en sus años. La ignorancia podría ser una razón más probable; pero de nuevo creo que aquí estaba en juego algo más intencionado que una mera falta de información. ¿Acaso el erudito historiador británico y *regius professor* de Oxford Hugh Trevor-Roper no había dicho también que la historia africana no existía?

Si hay en esas afirmaciones algo más que la inexperiencia juvenil, algo más que una falta de conocimiento de los hechos, ¿qué es? Sencillamente, es el deseo —se podría decir la necesidad— de la mentalidad occidental de utilizar África como contraste de Europa, como lugar de negaciones a la vez remotas y familiares, en comparación con las cuales se manifieste el propio estado de gracia espiritual de Europa.

Esta necesidad no es nueva, lo que debería exonerarnos de una considerable responsabilidad y quizá predisponernos aún más a contemplar este fenómeno desapasionadamente. No tengo ni la voluntad ni la competencia de emprender este ejercicio con las herramientas de las ciencias sociales y biológicas, sino que lo haré de forma más sencilla, a la manera de un novelista, respondiendo a un famoso libro de ficción europea: *El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, que manifiesta mejor que ninguna otra obra que yo conozca el deseo y la necesidad occidentales a los que me acabo de referir. Obviamente, hay bibliotecas enteras de libros dedicados al mismo

* Traducción castellana en Ediciones del Bronce, Barcelona, 1998. (N. del T.)

tema, pero la mayoría resultan tan evidentes y tan crudos que muy pocas personas se preocupan hoy por ellos. Conrad, por su parte, es sin duda uno de los grandes estilistas de la ficción moderna y, por si fuera poco, un buen narrador de historias. Su contribución, pues, encaja automáticamente en una clase distinta: la literatura permanente, leída, enseñada y constantemente evaluada por académicos serios. *El corazón de las tinieblas* es de hecho un valor tan seguro hoy que un destacado estudioso de Conrad lo ha situado «entre la media docena de mejores novelas cortas de toda la literatura inglesa».¹ Volveré a su debido tiempo sobre esta opinión crítica, ya que es posible que modifique seriamente mis anteriores suposiciones acerca de quién puede o no ser culpable de algunas de las cuestiones que aquí voy a plantear.

El corazón de las tinieblas proyecta la imagen de África como «el otro mundo», la antítesis de Europa y, por tanto, de la civilización, un lugar donde la cacareada inteligencia y refinamiento del hombre son finalmente burlados por la bestialidad triunfante. El libro se inicia en el Támesis, un río tranquilo, que descansa pacíficamente «ante el ocaso del día, después de siglos de buenos servicios prestados a la vieja raza que poblaba sus orillas».² Pero la historia concreta tendrá lugar en el río Congo, verdadera antítesis del Támesis. Decididamente el Congo no es un río emérito. No ha rendido servicio alguno ni disfruta de ninguna pensión de jubilación. Se nos dice que «Remontar aquel río era regresar a los más tempranos orígenes del mundo».

¿Está diciendo Conrad, pues, que ambos ríos son distintos: uno bueno y el otro malo? Sí, pero ésa no es la verdadera cuestión. No es la diferencia lo que preocupa a Conrad, sino el acechante indicio de un parentesco, de un ancestro común, puesto que el Támesis también «ha sido uno de los lugares más oscuros de la tierra». Obviamente conquistó su oscuridad, y ahora se halla a plena luz del día y en paz. Pero si fuera a visitar a su primigenio pariente, el Congo, correría el terrible riesgo de escuchar los grotescos ecos de su propia

1. Albert J. Guerard, Introducción a *Heart of Darkness*, American Library, Nueva York, 1950, p. 9.

2. Joseph Conrad, *El corazón de las tinieblas*, trad. A. García Ríos e I. Sánchez Araujo, Alianza Editorial, Madrid, 1998, p. 21.

oscuridad olvidada y caer víctima de un vengativo recrudescimiento del irreflexivo frenesí de los primeros comienzos.

Entre estos sugerentes ecos se incluye la célebre evocación de Conrad de la atmósfera africana en *El corazón de las tinieblas*. En última instancia, su método equivale nada más que a una constante, laboriosa y falsamente ritualista repetición de dos sentencias antitéticas, una sobre el silencio y la otra sobre el frenesí. Podemos examinar dos ejemplos de ello: a) «Era la quietud de una fuerza implacable que medita melancólicamente sobre una intención inescrutable», y b) «El vapor avanzaba penosa y lentamente al borde de un negro e incomprensible frenesí». ³ Por supuesto, de vez en cuando se da un juicioso cambio de adjetivos, de modo que, en lugar de «inescrutable», por ejemplo, podría aparecer «indecible», e incluso sencillamente «misterioso», etc.

Hace ya tiempo que el agudo crítico inglés F.R. Leavis ⁴ llamó la atención sobre la «adjetival insistencia de Conrad en el misterio inexpresable e incomprensible». No hay que tomar esa insistencia a la ligera, descartándola, como han tendido a hacer numerosos críticos de Conrad, por considerarla un mero defecto estilístico, puesto que plantea serias cuestiones de buena fe artística. Cuando un escritor que pretende registrar escenas, incidentes y su efecto, se dedica en realidad a inducir un estupor hipnótico en sus lectores a través de un bombardeo de términos emotivos y otras argucias, tiene que estar en juego mucho más que la habilidad estilística. En general, los lectores normales se hallan bien equipados para detectar y resistir esta actividad solapada. Pero Conrad eligió bien su tema; un tema que le garantizaba no entrar en conflicto con la predisposición psicológica de sus lectores o plantearle la necesidad de luchar contra su resistencia. Eligió el papel de proveedor de mitos reconfortantes.

Los pasajes más interesantes y reveladores de *El corazón de las tinieblas* tratan, sin embargo, de personas. Debo apelar a la indulgencia del lector para citar más de una página entera, más o menos hacia la mitad del relato, cuando los representantes de Europa en un bar-

3. *Ibid.*, pp. 68 y 71, respectivamente.

4. F.R. Leavis, *The Great Tradition*, Chatto & Windus, Londres, 1948; 2.ª impr. 1950, p. 177.

co de vapor que desciende por el Congo tropiezan con los moradores de África:

Éramos vagabundos en tierra prehistórica, en una tierra que tenía el aspecto de un planeta desconocido. Podíamos haber soñado que éramos los primeros hombres que tomaban posesión de una herencia maldita que debía ser sometida al precio de una profunda angustia y de enorme esfuerzo. Pero de pronto, cuando luchábamos por doblar un recodo, vislumbrábamos momentáneamente unas paredes de juncos, unos techos de hierba puntiagudos, un estallido de alaridos, un revuelo de extremidades negras, una masa de manos dando palmadas, de pies pateando, de cuerpos tambaleándose, de ojos girando bajo la inclinación del pesado e inmóvil follaje. El vapor avanzaba penosa y lentamente al borde de un negro e incomprensible frenesí. El hombre prehistórico nos estaba maldiciendo, suplicando, dándonos la bienvenida, ¿cómo saberlo? Estábamos aislados de la comprensión de todo aquello que nos rodeaba, pasábamos deslizándonos como fantasmas, asombrados y secretamente aterrados, como lo estarían los hombres cuerdos ante un brote de entusiasmo en un manicomio. No podíamos comprender porque estábamos demasiado lejos, y no podíamos recordar porque estábamos viajando en la noche de los primeros tiempos, de aquellos tiempos que se han ido, dejando apenas una señal y ningún recuerdo.

La tierra parecía algo no terrenal. Estamos acostumbrados a verla bajo la forma encadenada de un monstruo dominado, pero allí, allí podías ver algo monstruoso y libre. No era terrenal, y los hombres eran... No, no eran inhumanos. Bueno, sabéis, eso era lo peor de todo: esa sospecha de que no fueran inhumanos. Brotaba en uno lentamente. Aullaban y brincaban y daban vueltas y hacían muecas horribles; pero lo que estremecía era pensar en su humanidad (como la de uno mismo), pensar en el remoto parentesco de uno con ese salvaje y apasionado alboroto. Desagradable. Sí, era francamente desagradable; pero si uno fuera lo bastante hombre, reconocería que había en su interior una ligerísima señal de respuesta a la terrible franqueza de aquel ruido, una oscura sospecha de que había en ello un significado que uno, tan alejado de la noche de los primeros tiempos, podía comprender. ⁵

5. Conrad, *El corazón de las tinieblas*, op. cit., pp. 71-72.

Aquí radica el significado de *El corazón de las tinieblas* y la fascinación que despierta en la mente occidental: «Lo que estremecía era pensar en su humanidad (como la de uno mismo) ... Desagradable».

Tras habernos mostrado África en su conjunto, Conrad se centra, poco después, en un ejemplo concreto, proporcionándonos una de sus raras descripciones de un africano que no es sólo extremidades u ojos saltones:

Y de cuando en cuando tenía que ocuparme del salvaje que trabajaba de fogonero. Era un ejemplar perfeccionado; podía encender una caldera vertical. Estaba allí, debajo de mí, y, palabra de honor, mirarle resultaba tan edificante como ver a un perro haciendo una parodia con calzones y sombrero de plumas caminando sobre sus patas traseras. Unos cuantos meses de preparación habían sido suficientes para aquel muchacho realmente estupendo. Escudriñaba el manómetro de vapor y el indicador del nivel de agua con un evidente esfuerzo de intrepidez; además tenía dientes limados, el pobre diablo; la lana de su cabeza, afeitada en una forma muy extraña y tres cicatrices ornamentales en cada una de sus mejillas. Hubiera debido estar dando palmas y brincos en la orilla, en lugar de lo cual se esforzaba en su trabajo, presa de un extraño maleficio, lleno de un conocimiento provechoso.⁶

Como todo el mundo sabe, Conrad es en el fondo un romántico. Puede que no admire precisamente a los salvajes que dan palmas y brincos, pero al menos éstos tienen el mérito de estar en su lugar, a diferencia de este perro que hace una parodia con calzones. Para Conrad, es de suma importancia que las cosas estén en su lugar.

«Buenos hombres, caníbales, en su lugar», nos dice mordazmente. La tragedia se inicia cuando las cosas abandonan su lugar acostumbrado, como Europa dejando su seguro reducto entre el policía y el panadero para echar un vistazo al corazón de las tinieblas.

Antes de que el relato nos lleve a la cuenca del Congo propiamente dicha, se nos proporciona esta amable descripción como ejemplo de cosas que están en su lugar:

6. *Ibid.*, p. 73.

De vez en cuando una embarcación de la costa nos proporcionaba un contacto momentáneo con la realidad. La remaban unos negros. Se podía ver brillar el blanco de sus ojos desde lejos. Gritaban, cantaban; sus cuerpos chorreaban sudor; las caras de aquellos hombres eran como máscaras grotescas; pero tenían hueso, músculo, una vitalidad salvaje, una intensa energía de movimientos que era tan natural y verdadera como el oleaje de sus costas. No necesitaban ninguna razón para estar allí. Era un gran consuelo mirarlos.⁷

Hacia el final del relato, Conrad dedica toda una página —de manera bastante inopinada— a una mujer africana que evidentemente ha sido una especie de querida de Kurtz, y que ahora preside (si se me permite una pequeña libertad) como un formidable misterio la inexorable inminencia de su partida:

Era salvaje y soberbia, magnífica y de mirada feroz; ... Permaneció de pie, mirándonos inmóvil, y como la selva misma, con aspecto de estar madurando algún designio inescrutable.

A esta amazona, aunque de naturaleza predecible, se la describe con considerable detalle por dos razones. En primer término, está en su lugar y, por tanto, puede ganarse la especial aprobación de Conrad; y en segundo, cumple un requisito estructural de la historia. Es el contrapunto salvaje de la refinada mujer europea que vendrá a poner fin al relato:

Ella se adelantó hacia mí toda de negro, con la cabeza pálida, flotando en el crepúsculo. Estaba de luto. ... Tomó mis manos entre las suyas y murmuró: «Me habían dicho que vendría usted». ... Tenía una capacidad madura para la lealtad, para la fe, para el sufrimiento.⁸

La diferencia en la actitud del novelista ante estas dos mujeres se transmite de demasiadas maneras, directas y sutiles, como para necesitar ninguna explicación. Pero quizá la diferencia más significativa sea la implicada en la concesión por parte del autor de expresión humana a una y su negación a la otra. Es evidente que no forma

7. *Ibid.*, p. 35.

8. *Ibid.*, p. 134.

parte del propósito de Conrad conferir lenguaje a las «rudimentarias almas» de África. En lugar de hablar, éstas producían «un violento murmullo de extraños sonidos»; «intercambiaban frases cortas refunfuñando» incluso entre ellos mismos. Pero durante la mayor parte del tiempo estaban demasiado ocupados con su frenesí. Sin embargo, hay dos ocasiones en el libro en las que Conrad se aparta algo de su práctica y otorga el habla —incluso un habla inglesa— a los salvajes. La primera sucede cuando el canibalismo les domina:

«Cójales —contestó bruscamente, al tiempo que sus ojos se dilataban como inyectados en sangre y relampagueaba su afilada dentadura—, cójales. Dénoslos.» «A vosotros, ¿eh? —pregunté—; ¿y qué haríais con ellos?» «Comérmolos», dijo secamente.⁹

La otra ocasión es la famosa declaración: «Señor Kurtz. Él muerto».¹⁰

A primera vista, estos ejemplos se podrían interpretar erróneamente como inesperados actos de generosidad por parte de Conrad. En realidad, constituyen dos de sus mejores ataques. En el caso de los caníbales, los incomprensibles gruñidos que hasta entonces les habían servido para hablar repentinamente resultaban inadecuados para el propósito de Conrad de permitir una ojeada europea al incalificable anhelo de sus corazones. Sopesando la necesidad de coherencia en la descripción de los mudos brutos frente a las sensacionales ventajas de proteger su convicción mediante una clara e inequívoca evidencia emanada de sus propias palabras, Conrad elige la segunda opción. En lo que se refiere al anuncio de la muerte de Kurtz por parte de la «insolente cabeza negra» que asoma «por la puerta», ¿qué final mejor, o más apropiado, se podría escribir para el espantoso relato de ese hijo rebelde de la civilización que deliberadamente había entregado su alma a las potencias de la oscuridad y se había «colocado ... en un alto sitio entre los demonios de la tierra», que la proclamación de su muerte física por las mismas fuerzas que había conjurado?

Se podría afirmar, por supuesto, que la actitud hacia los africanos

9. *Ibid.*, p. 79.

10. *Ibid.*, p. 127.

en *El corazón de las tinieblas* no es la de Conrad, sino la de su ficticio narrador, Marlow, y que, lejos de aprobarla, en realidad Conrad podría estar manifestándola con ironía e intención crítica. Ciertamente, Conrad parece realizar considerables esfuerzos para establecer capas de aislamiento entre él y el universo moral de su historia. Así, por ejemplo, tiene a un narrador detrás de un narrador. El narrador principal es Marlow, pero su relato se nos da a través del filtro de una segunda y oscura persona. Sin embargo, si la intención de Conrad es establecer un cordón sanitario entre él y el malestar moral y psíquico de su narrador, sus cuidados me parecen completamente vanos, ya que se olvida de insinuar, de forma clara y adecuada, un marco de referencia alternativo por el que podamos juzgar las acciones y opiniones de sus personajes. No habría estado fuera del alcance de Conrad tomar esta medida si la hubiera juzgado necesaria. A mí me parece que Conrad aprueba a Marlow, con sólo algunas reservas menores; un hecho reforzado por las semejanzas entre sus dos trayectorias.

Marlow llega a nosotros no sólo como testigo de la verdad, sino también como alguien que sustenta los puntos de vista avanzados y humanitarios propios de la tradición liberal inglesa, que exigía que todos los ingleses decentes se sintieran profundamente conmocionados por las atrocidades de Bulgaria, o del Congo del rey Leopoldo de Bélgica, o de donde fuera.

Así, Marlow puede verter opiniones bondadosas como éstas:

Estaban muriendo lentamente, estaba muy claro. No eran enemigos, no eran malhechores, ahora no eran nada terrenal; nada más que sombras negras de enfermedad e inanición que yacían confusamente en la penumbra verdusca. Traídos desde todos los lugares recónditos de la costa con toda la legalidad de contratos temporales, perdidos en un medio inhóspito, sometidos a una alimentación a la que ya no estaban acostumbrados, se volvían ineficientes, enfermaban, y se les permitía entonces retirarse a rastras y descansar.¹¹

El tipo de liberalismo que aquí profesaba Marlow-Conrad conmovió a las mejores mentes de la época en Inglaterra, el continente europeo y Estados Unidos. Adoptó formas distintas en las mentes de

11. *Ibid.*, pp. 40-41.

personas diferentes, pero casi siempre logró eludir la cuestión última de la igualdad entre blancos y negros. El extraordinario misionero Albert Schweitzer, que sacrificó una brillante carrera como músico y teólogo en Europa por una vida de servicio a los africanos prácticamente en la misma zona sobre la que escribe Conrad, personifica esta ambivalencia. En un comentario citado con frecuencia, Schweitzer afirma: «El africano es en verdad mi hermano, pero mi hermano menor». Y así procedió a construir un hospital adecuado a las necesidades de los hermanos menores, con unas pautas de higiene que recordaban la práctica médica de la época anterior a la aparición de la teoría microbiana de la enfermedad. Naturalmente causó sensación en Europa y Estados Unidos. Los viajeros acudieron en tropel, y aún creo que siguen acudiendo después de su muerte, a presenciar el prodigioso milagro de Lambaréné, al borde mismo de la selva primigenia.

De todos modos, el liberalismo de Conrad no le lleva tan lejos como a Schweitzer. Él no utiliza el término «hermano» por muy cualificado que esté para hacerlo; a lo más lejos que llega es a «parentesco». Cuando el timonel africano de Marlow cae con una lanza clavada en el corazón, le dirige a su amo blanco una última e inquietante mirada:

Y la íntima profundidad de aquella mirada que me dirigió cuando fue herido permanece aún en mi memoria, como una llamada de parentesco lejano afirmado en un momento supremo.¹²

Es importante señalar que Conrad, siempre cuidadoso con sus palabras, se preocupa no tanto por el «parentesco lejano» como por el hecho de que alguien *le llame*. El hombre negro hace un llamamiento al hombre blanco, lo cual resulta prácticamente intolerable. Es este llamamiento el que asusta y al mismo tiempo fascina a Conrad; «pensar en su humanidad (como la de uno mismo) ... Desagradable».

A estas alturas debería estar bastante claro ya cuál es el tema de mis observaciones; a saber: que Joseph Conrad era un completo racista. Que esta sencilla verdad se pase por alto en las críticas de sus obras se debe al hecho de que el racismo blanco contra África cons-

12. *Ibid.*, p. 96.

tituye una forma de pensamiento tan normal que sus manifestaciones pasan completamente inadvertidas. Los estudiosos de *El corazón de las tinieblas* suelen decirte que a Conrad no le preocupaba tanto África como el deterioro de una mente europea causado por la soledad y la enfermedad. Te señalan que Conrad es, si acaso, menos caritativo con los europeos de la historia que con los nativos, que el tema del relato consiste en ridiculizar la misión civilizadora de Europa en África. Un estudioso de Conrad me informó en Escocia de que África es meramente un escenario de la desintegración de la mente del señor Kurtz.

En parte, ésta es la cuestión. África como escenario y telón de fondo que elimina al africano como factor humano. África como campo de batalla metafísico dedicado a toda la humanidad reconocible, en el que el europeo errante penetra por su cuenta y riesgo. ¿Nadie puede ver la absurda y perversa arrogancia de reducir África de ese modo al papel de punto de apoyo para la ruptura de una mezquina mente europea? Pero ni siquiera ése es el tema. La auténtica cuestión es la deshumanización de África y los africanos que esta eterna actitud ha fomentado y continúa fomentando en el mundo. La cuestión es si una novela que celebra la deshumanización, que despersonaliza a una parte de la raza humana, se puede considerar una gran obra de arte. Mi respuesta es: no, no se puede. No dudo del gran talento de Conrad. Incluso *El corazón de las tinieblas* posee momentos y pasajes memorablemente buenos:

Las extensiones de agua se abrían ante nosotros y se cerraban a nuestra espalda como si el bosque se hubiera adentrado tranquilamente en el agua para obstruir nuestro camino de regreso.

Su exploración de las mentes de los personajes europeos suele ser penetrante y llena de perspicacia. Pero de todo ello ya se ha hablado en los últimos cincuenta años. Su evidente racismo, en cambio, no se ha abordado. ¡Y ya es hora de hacerlo!

Conrad nació en 1857, el mismo año en el que llegaron los primeros misioneros anglicanos a mi propio pueblo, en Nigeria. Ciertamente no es culpa suya que le tocara vivir en una época en la que la reputación del hombre negro se hallaba en un nivel especialmen-

te bajo. Pero aun después de haber hecho las debidas concesiones a todas las influencias de los prejuicios contemporáneos en su sensibilidad, sigue quedando en la actitud de Conrad un residuo de antipatía hacia los negros que sólo su peculiar psicología puede explicar. Su propio relato de su primer encuentro con un hombre negro resulta revelador:

Un negro macho ciertamente enorme encontrado en Haití fijó mi concepción de una cólera ciega, furiosa e irrazonable manifestada en el animal humano hasta el fin de mis días. A partir de entonces y durante años solía soñar con el negro.¹³

Ciertamente, Conrad tenía un problema con los negros. Su excesivo amor por el propio término resultaría interesante para los psicoanalistas. A veces su fijación en la negritud se muestra igualmente interesante, como cuando nos proporciona esta breve descripción: «Una figura negra se levantó y dio unas zancadas con sus largas piernas negras a través del resplandor, al tiempo que agitaba unos largos brazos negros»;¹⁴ ¡como si cupiera esperar que una figura negra diera zancadas con piernas blancas agitando brazos blancos! Pero así de implacable es la obsesión de Conrad.

Como cosa curiosa, Conrad nos proporciona en *A Personal Record* lo que equivale a un compañero del negro macho de Haití. A los dieciséis años, Conrad encontró a su primer inglés en Europa. Lo denomina «mi inolvidable inglés», y lo describe del siguiente modo:

[sus] pantorrillas expuestas a la mirada pública ... deslumbraban al espectador por el esplendor de su condición marmórea y su rico tono de joven marfil ... La luz de una atōlondrada y exaltada satisfacción con el mundo de los hombres ... iluminaba su rostro ... y sus ojos triunfantes. Al pasar lanzó una mirada de amable curiosidad y el simpático destello de unos dientes grandes, sanos y brillantes ... mientras sus blancas pantorrillas centelleaban poderosas.¹⁵

13. Conrad, citado en Jonah Raskin, *The Mythology of Imperialism*, Random House, Nueva York, 1971, p. 143.

14. Conrad, *El corazón de las tinieblas*, op. cit., p. 120.

15. Conrad, citado en Bernard C. Meyer, *Joseph Conrad: A Psychoanalytic Biography*, Princeton University Press, 1967, p. 30.

El amor irracional y el odio irracional se codean en el corazón de este atormentado hombre de talento. Pero mientras que el amor irracional puede, en el peor de los casos, engendrar actos insensatos de indiscreción, el odio irracional puede poner en peligro la vida de la comunidad. Naturalmente, Conrad es el sueño de los críticos psicoanalíticos. Quizá el estudio más detallado sobre él en ese sentido sea el del doctor Bernard C. Meyer. En su extenso libro, el doctor Meyer sigue todas las pistas concebibles (y a veces algunas inconcebibles) para explicar a Conrad. Como ejemplo, nos proporciona largas disquisiciones sobre el significado del cabello y del corte de pelo en Conrad. Y, sin embargo, no se dedica ni una sola palabra a su actitud frente a los negros. Ni siquiera el análisis del antisemitismo de Conrad fue bastante para desencadenar en la mente del doctor Meyer esos otros pensamientos oscuros y explosivos, lo cual sólo lleva a suponer que los psicoanalistas occidentales deben de considerar la clase de racismo exhibida por Conrad como algo absolutamente normal, a pesar del trabajo —profundamente importante— realizado por Frantz Fanon en los hospitales psiquiátricos de la Argelia francesa.

Cualesquiera que fuesen los problemas de Conrad, se dirá, ahora está tranquilamente muerto. Sin duda alguna. Pero, por desgracia, su corazón de las tinieblas sigue importunándonos. Por eso es posible que un ofensivo y deplorable libro se pueda clasificar por un erudito serio «entre la media docena de mejores novelas cortas de toda la literatura inglesa». Y que actualmente quizá sea la novela más frecuentemente recomendada en los cursos de literatura del siglo xx en los departamentos de inglés de las universidades norteamericanas.

Hay dos probables fundamentos sobre los que se podría rebatir lo que he dicho hasta ahora. El primero es que la ficción no tiene por qué agradar a las personas sobre las que se escribe. Conforme. Pero yo no estoy hablando de agradar a la gente; estoy hablando de un libro que exhibe de la manera más vulgar prejuicios e insultos por los que una parte de la humanidad ha sufrido agonías y atrocidades sin cuento en el pasado y continúa sufriendo hoy de muchas formas y en numerosos lugares. Estoy hablando de un relato en el que se cuestiona la propia humanidad de los negros.

En segundo término, se me podría recusar basándose en la realidad de los hechos. Conrad, al fin y al cabo, navegó realmente por el Congo en 1890, cuando mi propio padre era todavía un niño de

pecho. ¿Cómo puedo yo ahora alzarme, más de cincuenta años después de su muerte, y pretender contradecirle? Mi respuesta es que, como hombre sensible, no acepto los relatos de ningún viajero simplemente porque yo mismo no haya hecho ese viaje. No confío en la evidencia contemplada siquiera con los propios ojos de un hombre si sospecho que tiene una actitud tan negativa como la de Conrad. Y también da la casualidad de que sabemos que Conrad era, en palabras de su biógrafo, Bernard C. Meyer, «notoriamente inexacto en la transcripción de su propia historia».¹⁶

Pero más importantes, con mucho, son los abundantes testimonios sobre los salvajes de Conrad que podríamos recopilar, si nos inclináramos a hacerlo, de otras fuentes, y que podrían llevarnos a pensar que esas personas debían de haber tenido otras ocupaciones además de confundirse en la maligna selva o materializarse saliendo de ella simplemente para importunar a Marlow y a su disciplinada banda. Y ello porque, poco después de que Conrad hubiera escrito su libro, tenía lugar un acontecimiento de mayores consecuencias en el mundo artístico de Europa. Así lo describe Frank Willett, historiador del arte británico:

Gauguin había ido a Tahití, el más extravagante acto individual de aproximación a una cultura no europea en las décadas inmediatamente anteriores y posteriores a 1900, cuando los artistas europeos estaban ávidos de nuevas experiencias artísticas; pero sólo alrededor de 1904-1905 el arte africano empezó a tener su impacto característico. Una pieza resulta todavía identificable: es una máscara que le habían dado a Maurice Vlaminck en 1905. Éste anota que Derain se quedó «sin habla» y «aturdido» cuando la vio, se la compró a Vlaminck y a su vez se la mostró a Picasso y a Matisse, a quienes también les afectó mucho. Luego Amboise Vollard la pidió prestada, e hizo un molde de bronce ... ¡Estaba en marcha la revolución del arte del siglo xx!¹⁷

La máscara en cuestión la habían hecho otros salvajes que viven justo al norte del río Congo de Conrad. También tienen un

16. *Ibid.*, p. 30.

17. Frank Willett, *African Art*, Praeger, Nueva York, 1971, pp. 35-36.

nombre: el pueblo fang, y sin duda se hallan entre los mejores maestros del mundo en la forma escultórica. El acontecimiento que relata Frank Willett marcó el comienzo del cubismo y la infusión de nueva vida al arte europeo, que había perdido completamente su fuerza.

El propósito de todo esto es señalar que el retrato que hace Conrad de los pueblos del Congo parece groseramente inadecuado, incluso en el apogeo de su sometimiento a los estragos de la Asociación Internacional para la Civilización de África Central, del rey Leopoldo.

Los viajeros con mentes cerradas pueden hablarnos de muy poco excepto de sí mismos. Pero incluso aquellos no cegados, como Conrad, por la xenofobia, pueden resultar asombrosamente ciegos. Permítaseme una pequeña digresión en este punto. Uno de los mayores y más intrépidos viajeros de todos los tiempos, Marco Polo, viajó en el siglo XIII hasta el Lejano Oriente desde el Mediterráneo, y pasó veinte años en la corte de Kublai Jan, en China. De regreso a Venecia, consignó en el libro titulado *Libro de las maravillas del mundo* sus impresiones de los pueblos, lugares y costumbres que había visto. Pero hay al menos dos extraordinarias omisiones en su relato. No decía nada sobre el arte de la imprenta, desconocido todavía en Europa, pero en pleno auge en China. O no lo advirtió en absoluto, o, si lo hizo, no supo ver qué uso le podría haber dado Europa. Cualquiera que fuera la razón, Europa hubo de esperar otros cien años hasta Gutenberg. Pero aún más espectacular fue la omisión por parte de Marco Polo de cualquier referencia a la Gran Muralla china, de unos 6.000 kilómetros de longitud y ya de más de mil años de antigüedad en la época de su visita. Nuevamente, es posible que no la viera; pero la Gran Muralla china es la única estructura construida por el hombre que se ve desde la Luna.¹⁸ ¡Desde luego, los viajeros pueden ser ciegos!

Como ya he dicho antes, Conrad no inventó la imagen de África que encontramos en su libro. Ésta fue, y es, la imagen de África predominante en la imaginación de Occidente, y Conrad se limitó a

18. Respecto a la omisión de la Gran Muralla china, estoy en deuda con la recreación de «El viaje de Marco Polo» realizada por el artista Michael-Foreman, publicada en la revista *Pegasus*, Nueva York, 1974.

utilizar los peculiares dones de su propia mente para aproximarse a ella. Por razones que ciertamente pueden requerir una minuciosa investigación psicológica, Occidente parece sufrir una profunda ansiedad respecto a la precariedad de su civilización, y parece tener la necesidad de recuperar su confianza comparándose con África. Si Europa, al avanzar en civilización, pudiera echar una mirada periódicamente a un África atrasada y atrapada en una barbarie primordial, podría afirmar con plena convicción y satisfacción: ¡gracias a Dios que yo no estoy ahí! África es para Europa lo que el retrato para Dorian Gray: un porteador en el que el amo descarga sus deformidades físicas y morales para poder seguir adelante, erecto e inmaculado. En consecuencia, África es algo que se debe eludir, del mismo modo que hay que esconder el cuadro para salvaguardar la amenazada integridad del hombre. ¡Aléjate de África, o verás! En *El corazón de las tinieblas*, Kurtz debería haber hecho caso de esa advertencia, y el horror que anidaba en su corazón habría quedado en su sitio, encadenado en su guarida. Pero se expuso imprudentemente al salvaje e irresistible atractivo de la selva, y he aquí que la oscuridad le descubrió.

En mi idea original para este ensayo había pensado en concluirlo amablemente con una adecuada nota positiva en la que sugeriría, desde mi posición privilegiada en las culturas africana y occidental, algunas ventajas que Occidente podría obtener de África una vez liberara su mente de los viejos prejuicios y empezara a mirar a África no a través de una bruma de distorsiones y mistificaciones baratas, sino, bastante más sencillamente, como un continente de personas —no ángeles, pero tampoco almas rudimentarias—, sólo personas, a menudo de gran talento y con frecuencia de notable éxito en sus iniciativas en la vida y en la sociedad. Pero a medida que fui pensando más en la imagen estereotipada, en su predominio y generalización, en la deliberada tenacidad con la que Occidente la alberga en su corazón; cuando pensé en la televisión, el cine y los periódicos occidentales, en los libros que se leen en sus escuelas y fuera de ellas, en las iglesias predicando ante bancos vacíos la necesidad de enviar ayuda a los paganos de África, me di cuenta de que no era posible ningún género de fácil optimismo. En cualquier caso, había algo completamente equivocado en la idea de sobornar a Occidente a cambio de su buena opinión de África. En última instancia, el aban-

dono de pensamientos insanos debe constituir su propia y única recompensa. Aunque he utilizado aquí el término *deliberado* varias veces para definir la visión occidental de África, bien pudiera ser que lo que está ocurriendo en este momento sea más parecido a una acción refleja que a la malicia calculada. Y ello no hace la situación más esperanzadora, sino menos.

En cierta ocasión, el periódico *Christian Science Monitor*, más informado que la mayoría de ellos, publicaba un interesante artículo escrito por el redactor responsable de educación acerca de los graves problemas psicológicos y de aprendizaje que sufren los niños pequeños que hablan una lengua en casa y luego van a una escuela donde se habla otra. El artículo abordaba una amplia gama de casos, aludiendo a los niños hablantes de español en Norteamérica, a los hijos de trabajadores emigrantes italianos en Alemania, al fenómeno cuadrilingüe en Malaysia, etc. Todo ello sin dejar de hablar inequívocamente de lenguaje. Pero de pronto, y como caído del cielo, aparece:

En Londres hay una enorme inmigración de niños que hablan dialectos indios o nigerianos, o alguna otra lengua nativa.¹⁹

Creo que la introducción del término *dialectos*, que en este contexto resulta técnicamente errónea, es casi una acción refleja causada por un deseo instintivo del escritor de rebajar la exposición al nivel de África y la India. Eso resulta bastante comparable a la negación que Conrad hacía del lenguaje a sus almas rudimentarias. La lengua es algo demasiado grandioso para esos tipos: ¡concedámosles dialectos!

En todo esto se perpetra bastante violencia no sólo contra la imagen de los pueblos a los que desprecia, sino incluso contra las palabras, las auténticas herramientas de cualquier posible enmienda. Obsérvese la expresión «lengua nativa» en la cita de *Christian Science Monitor*. Sin duda, la única lengua «nativa» posible en Londres es la variante dialectal del inglés conocida como *cockney*, propia de las personas nacidas en dicha ciudad. Pero nuestro escritor se refiere a otra cosa, ¡a algo más apropiado a los sonidos que emiten los indios y los africanos!

19. *Christian Science Monitor*, 25 de noviembre de 1974, p. 11.

Aunque el trabajo que hay que hacer para enmendar todo esto puede parecer excesivamente desalentador, creo que se debe iniciar cuanto antes. Conrad veía y condenaba el mal de la explotación imperial, aunque era extrañamente inconsciente del racismo en el que ésta afilaba su férrea dentadura. Pero las víctimas de la denigración racista, que durante siglos han tenido que vivir con la inhumanidad que aquélla les ha legado, lo han sabido siempre mejor que ningún visitante casual, por mucho que venga cargado con todos los dones de un Conrad.